

Masacre silenciosa: una gula global en contra de animales indefensos

Wilmer Casasola Rivera*
wcasasola@itcr.ac.cr

El problema actual que enfrenta la sociedad mundial, la pandemia por el covid-19, según el criterio de muchos especialistas, inicia en un húmedo mercado de Wuhan.

En estos mercados se comercializa de todo: desde vegetales y frutas, hasta animales exóticos de forma ilegal. Se sabe que en este mercado se comercializan pavos, osos, pangolines, tortugas, entre una larga lista de víctimas de un mercado de consumidores humanos. Pero dentro de este amplio mercado sangriento, destaca un notable mamífero: el murciélago. Se considera que estos murciélagos albergan una gran cantidad de virus muy peligrosos que, aunque no les afecta a ellos, sí tienen la capacidad de infectar a los seres humanos. Así, los murciélagos son portadores de varios tipos de coronavirus; sin embargo, aún falta por identificar al animal intermediario responsable de la zoonosis. Hay un porcentaje del ADN del SARS-COV2 que aún no se sabe de qué animal proviene.

En este contexto, diferentes organizaciones de bienestar animal han culpado a cierta comunidad china por el consumo de carne de animales salvajes, atribuyendo a ellos la causa de esta pandemia.

Se especula que virus provenientes de algún animal salvaje han logrado infectar a seres humanos. Se cree que aquí ha mediado este

comercio ilegal de especies. Existe mucha literatura que afirma que, gracias a este comercio, brotaron muchas enfermedades en diferentes regiones: el ébola en África, la salmonelosis en los Estados Unidos y Europa, y la viruela del simio, en los Estados Unidos.

Se podría pensar que comer únicamente vegetales puede garantizar estar a salvo de cualquiera de estos virus. Se ha señalado que las personas que viven en zonas rurales de China, con frecuencia se exponen al contacto con murciélagos, al punto de que estos mamíferos se han encontrado anidando en casas de habitación o comiendo frutas que son de consumo humano. Los murciélagos portan diversos virus patógenos que tienen la capacidad de infectar a otros animales. Pero también, a través de la orina o la materia fecal, los murciélagos pueden infectar frutas y vegetales. Y tanto la carne como los vegetales se utilizan para el consumo humano.

En este sentido, incluso las personas vegetarianas podrían ser candidatas a infectarse con virus si consumen frutas que han estado en contacto con los fluidos corporales de los murciélagos y fueron contaminados. Pero también, desde luego, cabe señalar la potencial contaminación de otras especies animales, muchas de las cuales son víctimas centrales del comercio de su carne por estas poblaciones.

Más allá de este contexto pandémico, donde una gran cantidad de personas se han enterado de los potenciales nexos que existen entre este virus y estos claustros sangrientos, prevalece una realidad silenciada, de la cual estamos participando.

Cuando el énfasis se pone en la noción de “comercio ilegal de especies”, se pierde de vista el problema real: aunque fuera “legal” es una matanza sin precedentes. El énfasis en lo ilegal silencia el asunto ético de fondo: eliminamos especies por un empoderamiento racional que sobrepasa la pirámide misma de las necesidades básicas humanas, para situarse en una extraña gula en contra de los animales. El hambre trasciende el campo fisiológico

para situarse en el campo patológico: devorar aquello que es exótico. Lo bello o lo feo, lo agradable o lo desagradable, pasa a ser una estética gastronómica, algo devorable. El ser humano despliega su empoderamiento racional en contra de toda especie que satisfaga su irracional apetito gastronómico.

Especies que antes estaban ocultas, protegiéndose únicamente de sus depredadores naturales, encuentran ahora una razón para temer, pues tras ellos viene el peor depredador de todos, uno que no necesita alimentarse de ellos, pero que sufre de una irracionalidad invasiva, uno que necesita satisfacer las necesidades que no necesita: el ser humano.

El ser humano inició una cacería en un mundo salvaje. Dominó lo salvaje y lo domesticó para producir y reproducir muerte para su beneficio. Domesticamos vacas, cerdos, gallinas, conejos, etc. Los mantenemos en un cautiverio ilusorio, determinista, donde les espera una guillotina embarrada de sangre diariamente. El ser humano no repara en pensar en el derecho a la vida que tienen las demás especies: simplemente convierte la muerte en comercio alimenticio. Y se podría objetar que entre especies se matan para sobrevivir... Desde luego, pero esas especies no se jactan de hacer ciencias, ni producir alimentos transgénicos u otros sancochos culturales.

Las especies no humanas viven con miedo. El miedo fluye en sus vidas: elefantes sometidos a violencia para que participen de actividades turísticas; toros asesinados lentamente ante un público que experimenta orgasmos sádicos de maldad contemplativa; bovinos, equinos, elefantes que son obligados a trabajar diariamente hasta fallecer, sin ni siquiera considerar que sienten dolor y cansancio; focas asesinadas para desollar su piel y vestir a la moda; perros utilizados en la detección de bombas; cacería furtiva; granjas de bilis; establos de concentración... animal que esperan su turno para ser decapitados... Y qué decir del festival de carne de perro de Yulin... Una masacre silenciosa culturalmente aceptada.

¿Cómo? ¿Perros? ¿Quién podría hacer eso?... Eso podríamos decir hipócritamente. Pero... ¿Y las vacas y cerdos que cuelgan destazados en nuestros mercados nacionales? ¿La cantidad de carne destazada que se exhibe en las vitrinas de los supermercados? Lo vemos como normalidad. Vemos la muerte de estos seres como algo normal. Detrás de esa decoración estética, en las cámaras frías de los supermercados, lo que realmente se muestra es una permanente exhibición de muerte, una matanza en contra de especies indefensas.

Los animales no humanos temen al mayor depredador de la tierra: el ser humano. Un humano que explora cada rincón del planeta para explotarlo, para devorarlo. El antropoceno es la representación del antropopánfago, esa portentosa máquina racional que explora el mundo para devorar todo lo que se le antoje.

Todo el bien realizado, toda la poesía, la literatura, la filosofía, las artes, la ciencia y tecnología, no tienen por qué silenciar el daño paralelo que continuamos provocando. A la par de estos logros culturales positivos, también se han creado culturas necrófilas y sistemas que fagocitan el medio ambiente. Hemos desplegado una cultura de la destrucción ecológica y una cacería contra especies indefensas.

Hoy somos nosotros quienes sometemos a especies a nuestra dictadura racional. Los animales son víctimas de nuestro apetito irracional: experimentamos con ellos, nos alimentamos con ellos, los sometemos a labores forzadas, los usamos para divertirnos... y mucho más. Una racionalidad destructiva que devora apresuradamente su propia casa e invade la casa de los demás. ■

*Wilmer Casasola Rivera es profesor de la Escuela de Ciencias Sociales del Tecnológico de Costa Rica (TEC). Tiene un Ph.D. en Educación, UBC; es máster en Bioética, UCR-UNA; máster en Neuropsicología, UNIR; MBA, con énfasis en Gestión de la Innovación, INESEM; Licenciado en Filosofía, UCR y Diplomado en Neuroeducación, Centro Internacional de Neurociencia para el Desarrollo Humano. Entre sus líneas de investigación están: bioética, ética, educación, neurociencia educativa, bienestar animal, desarrollo personal.